
CAPÍTULO V.

Las agitaciones socialistas y el gobierno republicano en Francia.

Cerrariamos los ojos al resplandor de la verdad si negásemos el gravísimo estado de la Francia republicana. Relampaguea en aquellos cielos asombrados por negras nubes una tormenta preñada de innumerables calamidades. Agitación extrema en los ánimos, crisis fabril en los talleres, deficiencia inesperada en el presupuesto, alardes alarmantes del socialismo, ideas tumultuarias de los clubs, esperanzas facciosas de la reacción monárquica, procesiones rayanas en motines, insultos y atentados á la fuerza pública, saqueos de las tahonas, ataques á los coches, desórdenes allí donde se necesita más que por ninguna otra parte la regularidad del orden, una Cámara con propensiones convencionales, un Senado amedrentadísimo, una presidencia indiferente, un municipio revolucionario, un Ministerio no bien consolidado, los jornaleros exaltadísimos por esperanzas irrealizables,

y los pretendientes por errores increíbles, el problema constitucional traído inoportunamente á impulsos del insensato radicalismo; todos estos terribles aspectos varios de un mismo intenso mal profundo muestran que si la política republicana y parlamentaria no toma pronto carácter conservador tan claro como resuelto, se consumirán los franceses en constante anarquía, tras la cual surgirá, como sucede siempre á los pueblos incapacitados de la moderación indispensable al ejercicio del derecho, violenta y vergonzosa dictadura.

Dos errores gravísimos predominan ahora en Francia, y de los dos dimanar cuantos males hoy deploramos y para lo porvenir tememos. Es un error el carácter monárquico de los partidos conservadores, y es otro error el carácter radical de los partidos republicanos. Los conservadores franceses no comprenden que combatiendo la República combaten la base única del orden social presente, y al combatir la base única del orden social presente dan fuerzas á la revolución comunista y callejera; mientras los republicanos franceses, á su vez, no comprenden que violentando la República y conduciéndola más allá de los límites señalados en el tiempo á nuestra generación, arrójanla en la utopía, y al arrojarla en la utopía provocan y aún justifican la reacción monárquica, ó, por lo ménos, la dictadura temporal.

Renuncien á toda ilusión las escuelas monárquicas francesas y á toda esperanza. Las formas del gobierno jamás obedecen á las arbitrariedades y caprichos de la casualidad; ántes, como los organismos en los planetas, resultan del estado biológico de las sociedades humanas, y son como el continente necesario, y como el molde propio de la sustancia social de su vívido espíritu. Han concluido las formas monárquicas después de la revolución universal, en país tan adelantado y culto como Francia, cual concluyeron los telégrafos ópticos después de impuestos los telégrafos eléctricos por los adelantos naturales de la industria y del trabajo en armonía siempre con los adelantos naturales del pensamiento y del saber. Una monarquía encontraría-se frente á frente del estado mental de las nuevas generaciones y en discordancia completa con la transformación profundísima que ha experimentado Francia en el mundo al convertirse por su historia contemporánea y por sus radicales cambios opuestos á la fe política secular, en órgano del espíritu moderno y verbo de la idea democrática. Y encontrándose así, toda monarquía está condenada irremisiblemente á vivir en plena guerra y á perecer por la revolución. De consiguiente, no me parece amar mucho á su patria el francés deseoso de institución tan opuesta por completo al espíritu de Francia y tan preñada de irreparables catástrofes.

Sin embargo, los pretendientes atizan el incendio en que habian de quedar consumidos ántes que nadie sus imprudentísimos partidarios; los periódicos realistas provocan las manifestaciones tumultuarias, aguardando de los excesos del mal un supremo remedio; y los oradores del borbonismo y del bonapartismo en ambas Cámaras trazan apocalípticas jornadas para ver si viene por algun punto del cielo sobre los mares de cenizas y bajo las lluvias de pavesas entre los desquiciamientos del Universo y la extincion de los astros; el libertador armado con siniestro cometa por cetro parecido á guadaña y caballero con cabalgadura cuyas crines destilen gotas de humana sangre.

¡Ah! Si por traer la monarquía histórica, en cualquiera de sus manifestaciones conocidas, los monárquicos franceses corren peligro de hacer zozobrar la libertad, indispensable á todos como la luz ó como el aire, y cambiarla por pretoriana dictadura, la cual sería vergüenza y ruina de Francia, los republicanos franceses, á su vez, pecan gravemente contra su patria, y nuestra Europa no comprendiendo cómo la República democrática representa de suyo la conservacion social y cómo dirigirla en proceloso rumbo hácia los falsos ideales de la utopia, extremarla en sus procedimientos, someterla sistemáticamente al socialismo, confundirla con todos los delirios, asestar-

la como un arma de guerra contra la magistratura y el ejército, convertirla en implacable y tenaz perseguidora del clero, équivale á servir la causa, no diré de la monarquía, imposible de suyo, pero sí diré de la dictadura, tremendo castigo propinado por la lógica inflexible de la Providencia necesariamente á todas las extravagancias democráticas, lo mismo en los antiguos que en los modernos tiempos, y lo mismo en las antiguas que en las modernas democracias.

Apenan y adoloran los últimos acontecimientos. Á consecuencia de la inestabilidad en el Gobierno, la penuria en el trabajo, y á consecuencia de la penuria en el trabajo, la inquietud en los trabajadores. Sábenlo muy bien los reaccionarios del partido realista y los exagerados del partido republicano; sábenlo á ciencia cierta y tratan de aprovecharlo para perder los unos la república y los otros para exagerarla, cómplices ambos mutuamente, sin voluntad ni conciencia, en sus sendas desastrosas maniobras. Podrán defenderse de tal tacha indeleble los conservadores demagógicos al uso, pero no podrán ocultar que miéntras los periódicos republicanos, en su mayor parte, disuadían á los trabajadores de manifestaciones peligrosas, los periódicos realistas é imperiales, en su mayor parte, movíanlos y empujábanlos á sabiendas y deliberadamente hácia el extravío y la per-

dición, esperanzados de traer con jornadas de Junio dictaduras de Diciembre, como si la historia humana se repitiera con esa monotonía y las generaciones nuevas no escarmentáran alguna vez en cabeza de las generaciones suicidas á quienes destruyeron ó esclavizaron sus errores y sus excesos.

No creais que mis ideas republicanas me obligan á imputar los motines últimos á los diarios monárquicos. Conozco y confieso que hay en las democracias, á las cuales yo pertenezco, en su extrema izquierda sobre todo, harina bastante para componer y amasar un motin formidable; pero la última levadura, no lo dudeis, ha sido procurada y prevenida por la prensa reaccionaria. Yo he leído estas palabras en órgano de reyes cesantes: «Unos cuantos empellones bastan para conseguir que los jornaleros sin trabajo duerman esta noche calentitos en la mullida cama del presidente monsieur Grevy ó del yerno M. Willsson.» Lo cierto es que, anunciada con oportunidad la manifestación, comenzaron á reunirse grupos de manifestantes al mediodía del once de Marzo en la inmensa explanada de los Inválidos. El gran edificio de Luis XIV, con su áurea rotonda, que semeja, por lo correcta y convencional, cortesana peluca de Versálles, destacaba sus frias líneas, de un gusto decadente, sobre sábanas de blanca nieve llovi-

da en la glacial madrugada de día tan triste como nefasto. La concurrencia engrosaba naturalmente á medida que trascurre el tiempo y entraba la tarde; mas componíanla, no tanto trabajadores sin trabajo, pocos en número, y aún humildes en actitud, como curiosos de todos los matices políticos, muñidores de todos los clubs teatrales, pilluelos de todos los antros parisienses, locos de esos para quienes la fiebre continua y alta es el estado natural y permanente de las sociedades modernas, entregadas, según ellos, á una revolución intensa y poseidas por un sibilino delirio. Cuando ya montaba la suma un suficiente número para intentar algo, diéronse los gritos de «Al Palacio Borbon y al Eliseo»; es decir, á la residencia del Poder Legislativo y á la residencia del Poder Ejecutivo de Francia, no tanto para requerirlos á tomar alguna medida ó emprender alguna reforma, como para desacatarlos ante la conciencia pública y perderlos en la opinion europea.

Mas el Palacio de la Presidencia y el Palacio de la Cámara tienen á su entrada fuerza militar, como auxilio necesario de sus respectivos poderes y seguro de su autoridad. Y ante la fuerza pública de uno y otro punto cedieron los amenazadores manifestantes, no sin haber desahogado su impotencia en gritos de rabia y en amenazas de melodrama. Constreñidos á moverse dentro de dos filas de ar-

mas trazadas con prudente antelacion por la prefectura, y obligados á circular sin detenerse por la consigna de los agentes de órden público, no tuvieron medios de perturbar ni el sitio de la manifestacion tumultuaria, ni el trayecto entre la explanada de los Inválidos y el Palacio de las Córtes y entre el Palacio de las Córtes y el Palacio de la Presidencia, muy cercanos, pues á la simple vista se descubren desde cualquier ventana ó balcon de los alrededores el sitio donde se citaban y el sitio á donde se dirigian los ciegos tumultuados. La policia hizo á derechas su oficio, cumplió con su deber estricto, y así en los alrededores del Elíseo, como en los alrededores del Congreso, redujose á nube de verano la imponente manifestacion, relampagueo continuo sin rayos y sin truenos, sin lluvia y sin granizo.

Allí estaban la Luisa Michel y la Paulina Minke, desconociendo en sus febriles mentes el estado de la sociedad moderna y en sus sublevadas personas la delicadeza del sexo femenil. Paulina empuñaba nerviosamente homicida revólver, y Luisa, sobre la escalera de un farolero, despedía las más absurdas proclamas, con ánimo de incendiar á todo París, y sin más resultado que atraer sobre su demente política y su dementada persona risas y burlas parisienses. Absurda, tanto como la triste arqueología monárquica, la triste

arqueología revolucionaria. No hay Versálles poblados de reyes, ni Bastillas hinchadas de lágrimas, ni tribunales del Santo Oficio para extinguir el pensamiento, ni castillos en las alturas y sierros en los abismos sociales; por consiguiente, no puede haber en la tribuna y en el Estado aquellos Titanes que convertian las ideas en manojos de rayos para abrasar los viejos colosales poderes, ni en el pueblo aquellas muchedumbres que agitaban las teas revolucionarias en sus manos crispadas y traian los trágicos pero creadores dias de la revolucion universal. Luisa Michel, evocando las calceteras de la guillotina, se coloca tan fuera de sazón como la beata calcetera que busca los familiares del Santo Oficio.

Viendo que los esfuerzos para penetrar en el Congreso y para ir del Congreso al Elíseo no daban resultado alguno, las dos Pitonisas rojas, acompañadas por una parte de la multitud en delirio y precedidas de banderas negras, entre cuyos pliegues se veian sediciosas inscripciones, fuéronse por la orilla izquierda del Sena y por las antiguas calles aristocráticas de San German al barrio de la Universidad, en pos de la juventud que asiste á escuelas y liceos, propensa de suyo á movimientos y aventuras. Pero allí, en la montaña de Santa Genoveva, secular Aventino de las revoluciones del espíritu desde los tiempos genérisos del reve-

lador Abelardo, sólo una carcajada histérica de menosprecio contestó á las profanaciones del progreso por las ridículas Euménides. Y no sabiendo éstas qué hacer, para no malograr completamente aquel día, persiguieron á pedradas los coches y entraron á saco en las tahonas, concluyendo y rematando tan desdichadamente la tristísima parodia del noventa y tres, sólo comparable á la parodia de Imperio representada por el príncipe Napoleon Jerónimo en sus desatentados manifiestos y en sus increíbles proclamas. A tales desacatos no había más remedio que oponer la fuerza, y á los impulsos de la fuerza en el poder no había más remedio en los sublevados que apelar á la fuga prontamente, y á la fuga tuvo que apelar Luisa Michel perseguida por la policía, ella, la profetisa del nuevo mundo social; ella, la sucesora de los antiguos gracos; ella, la Sibila del socialismo, como los desechos calaveras ó los delincuentes vulgares, sin haber conseguido más triunfo en aquel paseo de airadas pasiones que romper los cristales de algun vehículo, devorar el pan de algunas tahonas y convencer á los más célebres alienistas de que necesita la infeliz una larga cura para poner en sus goznes la desvencijada cabeza.

Después de todo esto no es maravilla que haya completamente abortado la manifestación del once de Marzo. Algunos miles de personas se reunieron

ante la obra del Hôtel de Ville y en el espacio conocido con el nombre de Plaza de la Grève. Todos estos sitios gozaban de renombre por su temperatura tempestuosa, cuando nos hallábamos en el período de las revoluciones, y el barrio de San Antonio era la residencia de los trabajadores demócratas, soldados de la libertad, siempre dispuestos al combate y al martirio. Los tiempos han cambiado mucho y el sufragio ha sustituido al fusil. Por consiguiente, las manifestaciones tumultuarias no pueden hallar espacio ni eco en el sitio donde se alza el verdadero santuario de la democracia parisiense y entre veteranos de la libertad que saben cuánto cuesta fundar la República y con qué trabajo se salva y se conserva. Empleó el Gobierno muchas fuerzas, expidió patrullas, apostó retenes, sacó de sus alojamientos los guardias republicanos de caballería, encerró la guarnición y supo aparejarla hasta para un combate; mas todo se redujo á una grande reunión de curiosos y á un millar de manifestantes, cansados los unos de ver y los otros de ser vistos, á las tres de la tarde, hora en que todo París volvía de nuevo á su profunda calma.

Pero apuntemos las coincidencias entre la desesperación de los monárquicos y la excesiva esperanza de los radicales, para que se vea cómo son á un tiempo enemigos en ideas políticas y cómplices

del mismo crimen social y cooperadores en el mismo desastroso trabajo. M. Cuneo de Ornano escribe proclamas dignas de Luisa Michel, concitando al pueblo contra el Gobierno. El grito de «Al Palacio del Congreso» salió en la manifestación penúltima del pecho de M. Chincholle, redactor del *Figaro*. La persona que más llamó la general atención por sus vociferaciones, y que primero cayó en manos de la policía por sus violencias, fué un redactor del *Gaulois*, antiguo secretario del príncipe Morny. Quien más impulsó las muchedumbres hacia el Eliseo fué sin duda el publicista reaccionario M. Rivière. Y al mismo tiempo el radical Joffrin presenta en el Municipio de París una proposición para que armen al pueblo y desarmen al ejército los gobernantes; y el radical Clemenceau habla de revisar la Constitución republicana, lo cual equivale á tener la República en perdurable fiebre; y el radical Ives Guyot insulta con palabras soeces al Gobierno; y el radical Clovis-Vigne dice que abofeteó á la Cámara el Senado con sus muletas de inválido. Gran maquiavelismo en los monárquicos y demencia suicida en los republicanos.

Mi amistad á Francia y mi amor á la República me inspiran la más vehemente reprobación á todas estas agitaciones gárrulas y estériles. Mas no se limitan al pueblo republicano; invaden todas las naciones y estallan á una en la cima de los mayo-

res imperios. El Czar de Rusia remite su coronación, amedrentado por las conjuraciones nihilistas, dos años después del ascenso al trono; el Emperador de Alemania dicta leyes de dura excepción para contener con la fuerza del Estado á los mismos socialistas á quienes alienta con sus doctrinas extrañas acerca del triste socialismo de la cátedra; el Emperador de Austria sostiene improvisados y rápidos combates en las calles de Viena para extinguir las manifestaciones de los trabajadores encrespados; el Imperio británico, el primero y más poderoso y más formidable del mundo, mira con horror cómo estallan las materias explosibles bajo los grandes edificios de Londres y cómo los asesinatos, después de haber inmolado al ilustre Cavendish, que representaba la reconciliación y la paz, invaden los jardines régios y atentan, hasta en aquel seguro de la majestad, á las predilectas damas de la Reina. Entre nosotros mismos los crímenes usuales en grandes regiones despobladas, las inquietudes provinientes de las malas cosechas últimas y de la depreciación de los vinos jerezanos, el descenso de los salarios á consecuencia de mil causas, la falta del cultivo en pequeño, tan favorable al agricultor y al jornalero, todos estos males de una región andaluza atribúyense, por el sentido común, á confabulaciones internacionales la revolución social y á influjo de los anarquistas europeos.